

LA RAIZ DEL TERROR

El terrorismo —ha dicho Nicolás Sartorius en una de las intervenciones más aplaudidas del IX Congreso del PCE— es un defecto estructural del monopolismo capitalista y un medio de éste para retener en sí mismo el poder que las masas están alcanzando por la vía de la democratización política y económica. "Hay que decir claramente que los sectores oligárquicos necesitan de su terrorismo para reforzar el aparato represivo del Estado". Es difícil no coincidir con él en momentos en que aparecen algunos rasgos del proyecto antiterrorista del Gobierno español en un proyecto gubernamental en el que se habla de "medidas especiales": prolongación durante más de setenta y dos horas de las detenciones, entrada y registro en locales cerrados sin previo mandamiento judicial, "observación" postal, telegráfica y telefónica de personas a las que se suponga "relacionadas o integradas en grupos o bandas armadas", aceleración de trámites procesales, privación de beneficios penales a los condenados por estos delitos... Cuida el Consejo de Ministros, autor de este proyecto de Ley cuya integridad todavía no se conoce, de señalar que estas medidas se tomarán "sin detrimento de la debida garantía para el legítimo ejercicio de los derechos reconocidos a las personas": en principio, contradicen algunas de las más elaboradas y difícilmente conquistadas bases de la democracia de convivencia y de derechos individuales y colectivos, y habrá que referirse a la práctica para saber hasta qué punto la calidad de sospechoso, la abundancia de denuncias, la necesidad de la Policía de ampliar sus investigaciones para circunscribir luego el delito que se les encomienda perseguir, pueden o no perjudicar la existencia de una democracia de garantías.

No es un problema español. Se está debatiendo, más o menos, en toda Europa, y suele encontrar una resistencia considerable en todos los sectores democráticos. Esta ilusión a la que llamamos democracia lleva siglos tratando de propagarse en condiciones normales y siempre parece que lo excepcional la limita o la disipa: las guerras o los estados de urgencia o de alarma parecen incompatibles. Cuando la guerra fría cedió en Europa y aparecieron de nuevo líneas posibles de acción de los partidos y de las ideologías democráticas, surge ahora esta necesidad de la lucha antiterrorista para limitar esas líneas de acción. Desde los poderes se presentan como transitorias, especiales o provisionales. Pero los portavoces de esos poderes tienden ya a dibujarnos la situación como permanente. "Lo más importante es

que no estamos probablemente al final, sino sólo al principio de esta tiranía de las minorías militantes. Cuanto más abundante es la población en las ciudades del mundo, más vulnerables son esas ciudades al sabotaje de organizaciones políticas desesperadas, como las Brigadas Rojas", escribe James Reston, uno de estos portavoces, en el "Herald Tribune". El catálogo de horrores que está a la vuelta de la esquina desborda el terrorismo de acciones antipersonales como el que estamos conociendo: residuos nucleares en un gran río, envenenamiento de aguas potables, voladuras de centrales nucleares o eléctricas... Es curioso que estas amenazas —indudablemente reales: pueden suceder— nos hagan olvidar que algunos de sus extremos están inscritos en planes estratégicos de guerras locales o generales. Hemos pasado en tiempo muy escaso —históricamente— de las protestas populares contra la guerra atómica, química y bacteriológica, contra los bombardeos regulares —como los de Vietnam— y contra las dictaduras y las prisiones y torturas contra los detenidos políticos, a canalizar estas mismas protestas contra los actos del terrorismo irregular. Hace años, las calles de las ciudades europeas se poblaron de manifestaciones contra el general Ridgway —que iba a mandar la OTAN en nombre de Estados Unidos—, contra la ejecución de los

esposos Rosenberg —condena cumplida por un terrorismo de Estado, como muchos años antes sucediera con Sacco y Vanzetti— o contra el bombardeo de los diques de Vietnam. Se vuelven ahora contra el terrorismo irregular: "Cualquiera que sea su forma, es un enemigo jurado del movimiento de masas", dice Sartorius, y dice bien. Sobre todo, precisando como lo hace que las formas de represión del terrorismo representan una redistribución del poder a favor de quienes ya lo detentan, en comparación con la inflación que "es un elemento estructural que se utiliza para redistribuir la plusvalía".

UNO de los aspectos del antiterrorismo que no aparecen en la referencia del Consejo de Ministros de la semana pasada —lo cual no quiere decir que no vaya a aparecer en el proyecto de Ley que se envíe a las Cortes— es el de la restricción de noticias y comentarios referentes a los actos de terror. Sería otra forma de limitar las posibilidades democráticas y su basamento: la libertad de prensa. Hay ya, sin embargo, muchas voces en la misma prensa que están diciendo que la creación de una atmósfera de terror es mucho mayor de lo que corresponde a la realidad por la "caja de resonancia" que



Parece que la verdadera acción estaría en combatir los defectos sociales que conducen al terrorismo. Material incautado al MPAIAC.



Como los grandes actos de terrorismo de Estado, el terrorismo irregular sólo es válido cuando dispone de las "cajas de resonancia" que son los órganos de comunicación. En la foto: el "Hércules" militar en el que viajó el comando egipcio a Chipre para liberar a los rehenes de un grupo de palestinos.

suponen los medios de comunicación. La frase es de "L'Unità", órgano del Partido Comunista italiano. Podría decirse que el comentario de "L'Unità" va en el mismo sentido que las palabras de Sartorius en Madrid: por el sistema de ampliar infinitamente las noticias y los comentarios acerca de cualquier acto de terrorismo, se colabora con el terrorismo mismo, y desde luego con el ambiente de terrorismo, que es el que viene a justificar la aplicación de medidas "especiales". Llevando los términos al absurdo del extremo, no cabe duda de que si un asunto como el de Aldo Moro, o cualquiera de los que surgen frecuentemente, no tuviera la menor repercusión en los medios de comunicación, el terrorismo no tendría razón de ser. Como los grandes actos de terrorismo de Estado —el régimen de Chile y sus muertos, prisioneros y desaparecidos, para disuadir a la izquierda mundial de repetir la experiencia de Allende—, el terrorismo irregular sólo es válido cuando tiene estas "cajas de resonancia".

DE aquí surgen los intentos de cerrar las puertas de la prensa y de establecer unos "códigos de comportamiento" cuyo riesgo esencial es el de que, a la larga, podrían emparentarse con formas de censura. En Gran Bretaña, el ministro del Interior está ya manteniendo conversaciones con los directores de los periódicos para establecer un "código de práctica". Se dice que la causa de este intento de control de la prensa la produjo el "Daily Telegraph" —extrema derecha— por haber publicado con anticipación la noticia de que Alemania Occidental preparaba el asalto del avión de la Lufthansa en Mogadiscio, con rehenes a bordo. El "Telegraph" ha explicado más de una vez que resultaba ridículo pensar que los terroristas pudieran leer su periódico a tiempo para evitar el ataque. Pero la realidad es que la noticia, difundida por radio a partir de su publicación, podía haber llegado al avión-fortín.



Nicolás Sartorius: "El terrorismo es un defecto estructural del monopolio capitalista".

También en Gran Bretaña se llegó a un convenio para no publicar los comunicados de la IRA o las entrevistas con sus responsables —que, según los términos usuales, les glorificaban, o contribuían a presentarles como héroes—, pero se abandonó más tarde porque resultaba inútil. Alemania Federal ha conseguido varios acuerdos provisionales con sus periódicos, por ejemplo cuando se produjo el secuestro —y asesinato posterior— de Hans Martin Schleyer, con objeto de que retuvieran la publicación de comunicados y fotografías enviadas por los secuestradores. En todos los casos, sin embargo, los acuerdos obtenidos y cumplidos por la prensa —que es, sin excepción, antiterrorista en toda Europa— se refieren a temas concretos que pueden dificultar la labor de la Policía o facilitar información valiosa a los secuestradores, a los terroristas. Pero al tema principal no se puede llegar nunca. Y el tema principal sería el de no colaborar con el terrorismo magnifi-

cando las informaciones de sus actos. Desgraciadamente, en este terreno coinciden muchos intereses: desde la necesidad de informar que sienten los periódicos hasta la de ampliar al máximo la importancia del terrorismo que sienten los poderes. Una de las campañas más insistentes de la derecha española es la que se dirige contra quienes intentan disminuir el alcance del terror en nuestro país. En sus términos, hablan de la necesidad de "concienciar" al individuo, al público, para que sienta la inminencia del riesgo de esta forma de lucha contra "la sociedad". La contrapartida es que la "caja de resonancia" puede paralizar a la sociedad, forzarla a medidas desproporcionadas y, en suma, cumplir el objetivo principal de los terroristas: "desestabilizar" la democracia. En el supuesto de que esa democracia no esté ya desestabilizada por su incongruencia, como pasa en la misma Italia.

HEMOS dicho ya muchas veces aquí que el terrorismo es un síntoma de una enfermedad mucho peor. Y que no da resultados, en Medicina como en política o en sociología, combatir los síntomas. Parece que la verdadera acción estaría en combatir los defectos sociales que conducen al terrorismo, y que a la democracia no se la puede defender nunca desnaturalizándola, sino avanzando en su propio terreno. Coincide ahora "Le Monde", de París, al comentar elogiosamente lo que considera como supresión de la pena de muerte en España —como ejemplo para Francia, que la mantiene— para sostener que esta supresión supone una respuesta a los llamamientos para que se aplique en Europa la Ley del Talió. Para "Le Monde", la respuesta al terrorismo consiste en "proseguir la evolución democrática del régimen, sin dar por ello 'carta blanca' a los terroristas". "Estos aprendices de brujo (los terroristas) que se erigen en verdugos deben ser combatidos con toda la resolución necesaria, pero no por cualquier medio, ya que es cierto que algunos medios son totalmente incompatibles con el menos malo de los sistemas políticos conocidos: la democracia"; y más adelante, "tratar de comprender las razones del terrorismo no significa tratar de justificarlo; es, por el contrario, la condición indispensable para su extirpación: las medidas policíacas no servirán para nada si no están acompañadas de una amplia acción política y social". Regresemos al IX Congreso del PCE, donde Sartorius describe que "millones de seres viven en precario, en la indiferencia cultural y económica, en lo que Marx llamaba una mezcla entre la miseria simple y la compleja, lo que produce modificaciones en la lucha de clases". ¿Sale de ahí el terrorismo? ¿O sale de otras formas de acción política, de otros centros de decisión que se ocultan, de otras entidades que están sirviendo otras causas muy distintas? ■